

En la introducción al libro se recogen bellos testimonios seleccionados de sus amigos, con el leitmotiv constante y repetido de la admiración y el cariño general hacia el poeta.

Gran parte del encanto indudable de este libro se debe a la mitificación de la figura de Lorca, poco frecuente en estos tiempos racionalizantes. Es un modo inocuo de amar y propagar su obra. Lorca fue en efecto ejemplo señero de ese milagro que nunca se apagará: la generación del 27. Pero la indagación de Gibson le lleva a dibujar un retrato muy completo del poeta, con muchos aspectos desconocidos, tantos detalles reveladores de su personalidad y temperamento.

Hay por tanto puntos de la biografía de Lorca que casi por vez primera se ponen de manifiesto con toda claridad y contundencia: por ejemplo, la homosexualidad del poeta, con una exposición documentada y concreta de sus relaciones con diversos amigos —Dalí, por ejemplo—, e incluso de sus amoríos —Aladrén, por ejemplo—. Ya la solapa del libro destaca esta cualidad del mismo, que en efecto es importante para calibrar la verdad de Lorca, y ha sido a veces preterida por diversos motivos. Pero debemos apuntar que éste es tan sólo un rasgo más entre los muchos que componen el diseño humano del poeta, que este importante trabajo biográfico nos presenta (ej, págs. 20-22).

Desde la infancia de Lorca se van rastreando las circunstancias importantes —determinantes casi— de su vida, con datos abundantísimos, amenizados por el estilo de una prosa agradable.

Gibson practica el amor por la anécdota. Pero no es una anécdota falsa de tertulia, ni un invento más para sumar a la leyenda. La anécdota da pie para resucitar las cualidades humanas del poeta, y contrastar al marco humano de su personalidad. Refleja además un entorno histórico y cultural, nos lleva a revivir sus sentimientos. Para Gibson es importante la anécdota oral, cuando esté documentada, contada de primera mano por supervivientes de aquella época mágica —«edad de plata», la llama Mainer— que hoy idealizamos a placer. Somos conscientes que ésta es arma de doble filo: cabe suponer que muchos detalles biográficos estén magnificados por el punto de vista de quien los relató a Gibson, pero quizás el autor ha sabido evitar el peligro y reducir los datos a su justo término. Se trata de una biografía muy original en todo caso: no sólo es acopio de documentos, sino reflejo de una auténtica tradición oral —si se nos permite el término— acerca de una figura mítica. Ello presta a este libro además un gran calor humano, unido a la veracidad de los datos objetivos.

Nos encontramos así con un mosaico de personajes revividos en su aspecto más humano. Gibson no parecía pretender otra cosa que resucitar el pasado desde la óptica con que lo vieron aquellos privilegiados testigos de la época —una época dura también en muchos, muchísimos aspectos, evidentemente, pero prodigiosa desde el punto de vista literario—. Se trata de una auténtica ausencia de pedantería. Gibson escribe enamorado del personaje y de la época, de Lorca y de aquella España.

De este modo se recrea el mundo cultural de los Lorca, las lecturas de Federico (Hugo, etc.) (pág. 35), los aspectos de sensibilidad estética de la familia como ámbito donde surgiría el genio. Estudia las tierras, las fincas de su lugar materno, las personas que trató.

Hay numerosas fotografías, muchas del archivo familiar, que enriquecen esta deliciosa sensación de «revival» que produce este libro y reproducen el ambiente que rodeó al poeta.

Tal vez un trabajo como el que ha hecho Gibson es el que sueña todo poeta que se haga algún día sobre su obra, sobre su vida.

La documentación objetiva no entorpece en ningún momento la lectura del libro (ej, págs. 43-44). En ocasiones asocia biografía y obra literaria —el tema de la muerte en la infancia de Lorca por ejemplo (pág. 57)—. Los datos de este monumento de documentación están arrojados por la temperatura cordial del crítico que conjuga su admirada fascinación por una época con el enfrentarse de un modo riguroso a la verdad del poeta, descubriendo en este aspecto muchos aspectos inéditos de su carácter.

Gibson ha rastreado personalmente los pueblos que recorrió Federico, recogiendo testimonios vivos —como ya hiciera en su trabajo sobre la muerte del poeta—. De este modo se evoca la Granada que Lorca vivió en su infancia (pág. 72 ss.), hasta su nodriza aparece en estas páginas (págs. 78-79). La Granada literaria, idealizada desde los románticos hasta Ganivet. Son bellas disgresiones amenísimas, incursiones a veces en datos desconocidos que arrojan una sensación de ambiente, trazos de una paleta maestra para componer un cuadro completo, que abarque toda la óptica que influyó en Lorca. Desfilan así por estas páginas iniciales el expediente de Bachillerato del poeta, los profesores que tuvo, el mundo universitario de Granada (págs. 107 ss.). Siempre con un detallismo biográfico muy pormenorizado, como cuando se relatan los viajes de estudios de Federico (págs. 114 ss.). El ambiente cultural del «Rinconillo» del café Alameda (págs. 128 ss.) —ambiente pobre y convencional desde el punto de vista literario—. La Granada toda de la época juvenil de Lorca, con testimonios periodísticos al respecto. Personajes de la tertulia, algunos de gran interés humano (págs. 134-136, ej.). Personajes de la época (ej, págs. 138-140), muy conocidos en el mundo granadino, que tuvieron relación con el poeta.

Surgen las referencias a las primeras obras de Lorca, como *Impresiones y paisajes* (1917-1920), y otros textos juveniles inéditos (págs. 197 ss.) que estudia brevemente Gibson. El problema de Dios en el primer Lorca (págs. 198 ss.), recogiendo obra inédita desconocida, de gran interés biográfico, y que avalora grandemente al libro que comentamos. Lorca rechaza la Iglesia católica y el militarismo desde los 19 años (págs. 203 ss.). El tema del amor imposible, la frustración (pág. 205) que será luego omnipresente, aparece ya ahora. Erotismo adolescente (pág. 206); se rebela contra Dios porque no tolera el erotismo (pág. 207). Influencias sobre su poesía: Rubén, Verlaine, Omar al Khayyam, etc. Desde muy joven piensa que él no es aceptable a las mujeres (pág. 224), y que es imposible la felicidad amorosa.

Se pasa luego a la deliciosa época de la Residencia de Estudiantes (págs. 229 ss.). Es aquí sobre todo donde este magnífico libro semeja la novela de un joven artista —con cualidades excepcionales— pero en este caso real, auténtica. Evocación del Madrid de época, la ubicación de la Residencia en su entorno urbanístico, etc. (págs. 234 ss.) Gibson es extremadamente minucioso y detallista, muy cuidado en estas reconstrucciones ambientales. Recreación de aquel ambiente intelectual, en base a múltiples documentos, con numerosas fotografías que reflejan un entorno entrañable de recuerdos.

El fracaso del primer estreno de Lorca (págs. 249 ss.). Falla en Granada (págs. 266 ss.), el mundo del músico en una ciudad romántica y ensoñada. *Libro de poemas, Suites...* (págs. 284 ss.), presiones familiares. Temas importantes como «Falla, Lorca y el “cante jondo” » (págs. 303 ss.), a propósito del Concurso de Cante Jondo de 1922.

Gibson, muy penetrantemente, describe a Lorca a través de sus versos: «Era la misma/pena cantando/detrás de una sonrisa» (pág. 308).

*Poema del cante jondo*, mundo mítico. Relación con las vanguardias: tiene en cuenta las técnicas de imagen poética de éstas, pero con una hondura emocional de la que carecen. Visión de Lorca acerca de su tierra, relacionada con su conferencia de unos meses después. Tema del «duende» en la poesía (págs. 321 ss.). Amistad con Falla (págs. 329 ss.), en base al epistolario.

Decae un poco el libro cuando realiza aproximaciones de crítica literaria, pero es lógico que esto ocurra debido a que su objetivo es fundamentalmente biográfico, aunque con inspiración de totalidad abarcadora.

Recala detenidamente en el divertido ambiente de «Los amigos de “La Resi”» (págs. 356 ss.), en un capítulo fascinante y lleno de interés. De nuevo anécdotas —son más que anécdotas: son trozos de vida— y documentos para revivir una época y un ambiente.

Años 1924-1925 (pág. 380). El libro se va adensando conforme se adentra. Podremos prever que el segundo volumen tendrá aún más interés que este primero. Trata acerca de la relación con Juan Ramón (págs. 381 ss.), en páginas muy bellas (págs. 381-383). Una interesante interpretación acerca del sentido secreto de *Mariana Pineda* (págs. 393-398). La amistad con Dalí —recuérdese también el reciente libro publicado sobre Lorca y Barcelona—. La visita de Aragón y sus conferencias sobre el surrealismo (págs. 414 ss.), a la que ni Lorca ni Dalí asistieron, frente a lo que otros críticos deducían. El tema del surrealismo y su incidencia en Lorca (cap. 17), ya en 1925: este aspecto nos parece importantísimo, pero aquí habría que haber resaltado la originalidad peculiar del surrealismo español frente al francés, menos caprichoso y más consciente el nuestro, con una dimensión más profunda, a veces incluso más existencial. Ángel del Río, en base a recuerdos autobiográficos de su encuentro con Lorca, por ejemplo, ha demostrado la relación de los poemas posteriores de éste, pertenecientes a *Poeta en Nueva York*, aparentemente irracionales, con la realidad que rodeaba al poeta: había un trasfondo consciente detrás de la imagen irracional y visionaria.

Se trata acerca del período creador de 1926 (págs. 430 ss.). En ese año pretendía el poeta publicar *Suites*, *Poema del cante jondo*, y *Canciones*, libros muy trabajados.

El temor al cuerpo femenino desde *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* (págs. 432-434). Importancia de Góngora en su poesía, y la famosa conferencia sobre el tema (págs. 436-437).

Especial interés tienen la curiosa relación afectiva de Lorca y Dalí (págs. 439-445, 464-468, 485-500, 516-517, 536 ss., 564-573... etc. (recojo aquí sólo algunas páginas alusivas a ello, que un cotejo como el índice de alusiones seguramente corregiría y ampliaría). Amistad con Guillén, quien le elogia desde el principio (págs. 446-454). La relación con Dalí viene ilustrada con una interesantísima correspondencia, que refleja la intensidad de la misma.

Se llega finalmente a 1927 (págs. 462 ss.), que será un año definitivo para Lorca. *Mariana Pineda* (págs. 509 ss.). Anécdotas divertidísimas con Dámaso Alonso (págs. 524 ss.). El año 1928 y la revista *Gallo* (págs. 530 ss.). Los amoríos de Federico con Emilio Aladrén, el mal escultor a quien tanto amó (págs. 544-549, pág. 594, etc.), entre anécdotas curiosas y divertidas.

El *Romancero gitano* y la expectativa que despertó antes de su publicación, con el resonante éxito posterior. La intención de Lorca de no descubrir su intimidad en la poesía (págs. 559-560). Su derivación hacia el surrealismo, con la influencia importante de su admirado amigo Dalí (págs. 575 ss.).